

TEATRO
ANTIGUO
y
MODERNO



0092

A. STRINDBERG

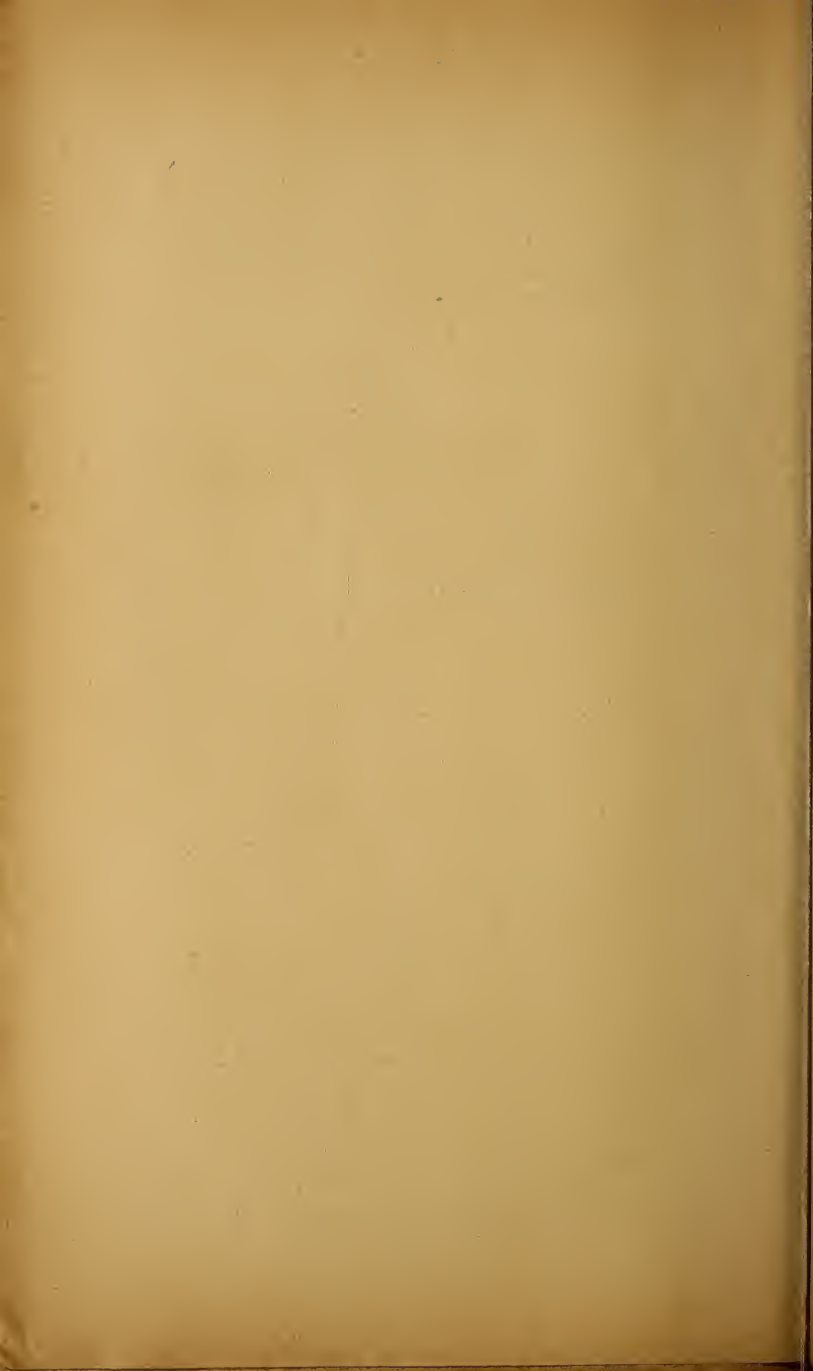
LA SEÑORITA JULIA

TRAGEDIA EN UN ACTO

UNA PESETA



LA SEÑORITA JULIA



TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. V

A. STRINDBERG

LA SEÑORITA JULIA

TRAGEDIA EN UN ACTO

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

JULIO PALENCIA Y TUBAU



LIBRERIA DE ANTONIO
LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA
DEL CENTRO, 20.-BAR-
CELONA: ::::: 1903.

PERSONAS

LA SEÑORITA JULIA. Hija del Conde X. 25 años.

JUAN. Ayuda de cámara. 30 años.

CRISTINA. Cocinera. 35 años.

—

La acción se desarrolla en la cocina del Conde, la noche de San Juan. Cerca de Stokolmo. Epoca actual.



ACTO ÚNICO

Una gran cocina, cuyos muros y cuyo techo están cubiertos de adornos. El muro del fondo se remonta oblicuamente hacia la izquierda. En este muro hay dos estantes llenos de utensilios de cobre, de latón, de hierro, y de estaño. Los estantes están cubiertos de papel de cocina. Un poco á la derecha, se ven las tres cuartas partes de una gran ventana de forma ojival, con vidrieras por las que se distingue una fuente coronada por el amor. Lilas en flor y álamos cubiertos de hojas. A la derecha y al fondo de la escena, un hornillo de mampostería cubierto en parte por un paño. A la izquierda se percibe la mesa de pino blanco en donde come la servidumbre. Algunas sillas. El horno está adornado con ramas de abedul y el fogón y el suelo están cubiertos de enebro. En un extremo de la mesa hay un florero de los llamados japoneses con lilas. Un armario de cristales, una mesa para lavar la vagilla. Encima de la puerta, una gran campanilla de sistema antiguo. y á la izquierda el extremo de un tubo acústico.

ESCENA PRIMERA

JUAN y CRISTINA

(Cristina de pié cerca del horno con un traje de algodón claro y delantal de cocina, hace un frito en una sartén. Juan entra, vestido de librea y llevando en la mano un par de botas de montar que coloca en sitio visible.)

JUAN.—Esta noche la señorita Julia está de nuevo loca, completamente loca!..

CRISTINA.—¡Ah!.. ¿estás ahí?

JUAN.—He acompañado al señor Conde á la estación, y ya de vuelta al pasar por delante de la granja he visto á la señorita que bailaba con el guarda-bosque. Apenas me vió se precipitó hacia mí y me invitó á bailar un vals. Y ella se puso á bailar... como nunca. Está loca.

CRISTINA.—Siempre lo ha estado, pero nunca tanto como en esta última quincena, desde que se deshizo su proyectada boda. Y además, hoy está á sus anchas.

JUAN.—Es verdad... ¿A qué será debido? El novio era un buen chico aunque no era rico... ¡Ah!.. estas chicas tienen unas ideas tan raras y tan... (Se sienta en una esquina de la mesa.) De todos modos, es muy raro que

una señorita prefiera quedarse en una casa con los criados á acompañar á su padre á ver á sus abuelos... ¿no es verdad?...

CRISTINA.—Está sin duda enfadada con su novio después de...

JUAN.—Es probable. De todos modos él era un guapo mozo. ¿Sabes Cristina como sucedió la cosa? Yo lo ví... yo, que maldito lo que me importaba.

CRISTINA.—¿Lo has visto?

JUAN.—Sí, de veras... Una tarde estaban los dos en el patio de la caballeriza y la señorita se *entretenia* como ella misma decía... ¿Sabes como? Pues haciéndole saltar por encima de su latiguillo, lo mismo que si fuera un perro á quien se enseña... Bueno, él saltó dos veces y cada vez que saltaba así... como premio recibía un latigacito, pero á la tercera vez le arrancó el látigo de las manos, lo rompió en mil pedazos y después se fué.

CRISTINA.—¿Así sucedió? ¿Qué me cuentas?

JUAN.—La pura verdad. (*Yendo al foro.*) ¿Que tienes para darme, Cristina?

CRISTINA.—(*Cogiendo de la sartén cualquier cosa que pone delante de Juan.*) ¡Oh!.. solamente un pedazo de riñón que he cortado del asado.

JUAN.—(*Oliendo lo que hay en el plato.*) Muy

bien. (*Palpando el plato.*) Pero, podías haber calentado el plato.

CRISTINA.—¡Caramba, eres más difícil de contentar que el mismo señor Conde en este punto! (*Le tira de los pelos como acariciándole.*)

JUAN.—(*Enfadado.*) ¡Ah... no tires así... ya sabes lo sensible que soy!..

CRISTINA.—¡Bah... ya sabes que es una manifestación de cariño!.. (*Juan come. Cristina descorcha una botella de cerveza y sube.*)

JUAN.—¿Cerveza la víspera de San Juan? Gracias... tengo algo mejor. (*Abre un cajón de la mesa, y saca una botella de vino tinto entaponada con cera amarilla.*) ¡Cera amarilla... mira. Dame un vaso, un gran vaso se entiende, porque voy á beber un vino de primera calidad.

CRISTINA.—(*Vuelve cerca del horno y pone una cacerola al fuego.*) ¡Pobre de la que te tome por marido... con lo descontentadizo que eres...

JUAN.—¡Vamos! Ya te contentarías con un chico como yo... Y me parece, me parece que no te sabe tan mal que me llamen tu novio y te gasten bromas conmigo... (*Bebe.*) ¡Bueno... bueno de veras! Un poquillo frío sin embargo. (*Calienta el vaso con la mano.*) Lo compramos en Dijon. Cuatro

francos el litro sin contar el envase ni la Aduana... Pero ¿que estás haciendo ahora? Tiene un olor de mil diablos. (*Sube hacia el fogón.*)

CRISTINA.—Es una porquería que la señorita Julia ha mandado hacer para Diana.

JUAN.—Debieras cuidar más tus frases y expresiones, querida Cristina; pero ¿porqué cocinas para la perra, la víspera de San Juan? ¿Está acaso enferma?

CRISTINA.—Si... se ha peleado con el perro de presa... y se han enredado... A la señorita no le ha gustado el percance.

JUAN.—La señorita es muy orgullosa en ciertos casos, y muy poco... poquísimo en otros; lo mismo que la señora Condesa cuando vivía. Yo creo que estaba loca. Donde mejor se encontraba era en la cocina y en la cuadra, sin embargo no consentía en un coche de *un solo* caballo; llevaba los bajos sucios casi siempre, pero le gustaba ver la corona condal en los botones... La señorita por no ser menos, no se cuida ni poco ni mucho de su persona... Hasta me atreveré á decir que no tiene *chic*. Lo mismo danza en la Granja que le quita el guarda-bosque á Ana, invitándole ella misma... Nosotros no haríamos eso nunca, pero cuando los amos se rebajan... se po-

nen á nuestra altura... Sin embargo es muy guapa... ¡soberbia!.. ¡Ah!.. que espaldas... que... etc., etc...

CRISTINA.—¡Oh! así así... Clara me ha contado ciertas interioridades... Y Clara lo sabe bien... la ha ayudado á vestirse ..

JUAN.—¡Bah! ¡Clara!.. siempre estais celosas unas de otras... Yo... yo lo sé que la he acompañado en sus paseos á caballo... y después ¡como baila!..

CRISTINA.—Oye Juan... ¿querrás bailar conmigo cuando esté dispuesta?...

JUAN.—Ya lo creo.

CRISTINA.—¿Me lo prometes?

JUAN.—¿Promesas? ¿A qué santo? Cuando yo digo una cosa la hago... ¡Qué bien estaba lo que me has dado... rico de veras... excelente!.. (*Tapona la botella.*)

ESCENA II.

Dichos y la Srta. JULIA

JULIA.—(*En la puerta hablando casi entre bastidores.*) Vuelvo al instante... Continúad... Esperadme... (*Juan mete la botella en el cajón y se levanta respetuosamente. La señorita Julia entra y se dirige á Cristina que está*

cerca del fogon.) ¿Está ya eso? (*Cristina la indica por un signo que Juan está allí.*)

JUAN.—(*Galantemente.*) ¿Tienen secretos entre ustedes...?

JULIA.—(*Dándole con el pañuelo en la cara.*) ¡Curioso!...

JUAN.—¡Ah... como huele á violeta!...

JULIA.—(*Con coquetería.*) Atrevido... ¿También entiendes de perfumes?... El baile bueno... te lo permito, pero... vamos no mires... vete...

JUAN.—(*Con cortesía impertinente.*) ¿Están ustedes acaso preparando un filtro la víspera de San Juan? ¿O por el contrario es alguna bebida misteriosa que les hará ver el porvenir?

JULIA.—(*Bruscamente.*) Si tu lo llegas á ver será porque tienes buena vista, si no... (*A Cristina.*) Echa eso en una media botella y tápalo bien... Ven ahora á bailar un *shot-tisch* conmigo, Juan...

JUAN.—(*Dudando.*) Yo no quisiera faltar á nadie, pero había prometido á Cristina que... ese número precisamente...

JULIA.—¿Y qué?... bailas con ella otro... ¿Eh Cristina, verdad que me prestas á Juan?

CRISTINA.—No soy yo, quien tiene que decidir eso. Puesto que usted, señorita, se digna

invitarle, no está bien que él rehuse. (A Juan.) Anda hombre, baila y agradece el honor que te hacen.

JUAN.—A decir verdad, sin querer por esto molestar á usted, señorita Julia, no sé hasta que punto es prudente que usted baile dos veces seguidas con la misma persona; tanto más, cuanto que estas gentes no se paran en barras para murmurar...

JULIA.—(Con severidad.) ¿Cómo? ¿Qué murmuraciones? ¿Qué quieres decir?...

JUAN.—(Bajando la voz.) Puesto que la señorita no quiere entenderme hablaré más claramente. Haría muy mal efecto si usted, señorita, prefiriera uno de sus inferiores á otros que creen tener el mismo derecho...

JULIA.—¿Preferir? ¡Qué idea! Me sorprendes de veras... Pero... ¿qué? en librea la víspera de San Juan... Quítate eso inmediatamente...

JUAN.—Si la señorita quiere alejarse por unos instantes me cambiaré... Mi *redingote* negro está colgado ahí, y... (Pasa hacia la izquierda haciendo un gesto.)

JULIA.—(Con malicia.) ¿Vais á incomodaros por mí?... ¿Para cambiar el trage?.. Vamos vete á tu cuarto y vuelve enseguida ó si no, nó... quédate yø me volveré de espaldas.

JUAN.—Con su permiso, señorita. (*Se le ven los brazos mientras se cambia el traie.*)

JULIA.—(A Cristina.) Oye, Cristina... puesto que Juan tiene tanta confianza contigo debe ser tu pretendiente... ¿no es eso?...

CRISTINA.—¿Mi pretendiente? Bueno, si usted se empeña así le llamaremos...

JULIA.—¿Qué quieres decir?

CRISTINA.—Tambien la señorita ha tenido su pretendiente y...

JULIA.—Sí.. pero nosotros eramos ya novios..

CRISTINA.—Lo que no fué obstáculo para que.. (*Juan entra vestido con un redingote negro, y un sombrero flexible del mismo color.*)

JULIA.—¡Tres gentil monsieur Jean!... tres gentil...

JUAN.—¡Vous voulez plaisanter, Madame!..

JULIA.—¿Vous parlez français? ¿Dónde lo has aprendido?...

JUAN.—En Suiza, en donde fuí ayuda de cámara en uno de los mejores hoteles...

JULIA.—Tienes todo el tipo de un verdadero gentleman con ese redingote... Estás muy bien.

JUAN.—¡Oh, usted me adula, señorita...

JULIA.—(Extrañada.) ¿Adularte á tí? (*Se sienta despues de haber pasado.*)

JUAN.—Mi modestia natural me impedía creer

que usted dirigía á mí esos cumplidos... á mí, á un hombre como yo. Eso es lo que me ha obligado á decir que usted exageraba, ó por mejor decir que me adulaba...

JULIA.—¿Donde has aprendido á hablar tan bién? ¿Has frecuentado los Teatros?

JUAN.—Sí. En efecto... y además he viajado bastante.

JULIA.—¿Eres de aquí verdad... has nacido aquí?

JUAN.—Mi padre era el encargado de la granja del Procurador del Rey aquí cerca... y varias veces he visto á usted señorita, cuando era pequeña, pero usted no se ha fijado en mí.

JULIA.—¿De veras?

JUAN.—Sí, y me acuerdo que un día... pero no, más vale no hablar de esto.

JULIA.—Sí, hablemos .. ¿decías? Sigue.

JUAN.—No, ahora no. En otra ocasión.

JULIA.—Lo que se difiere se pierde ¿Hay algún peligro ahora?... ¿Corremos algún riesgo?

JUAN.—No, peligro no; pero más vale que no hablemos de ello... Mire usted, señorita. *(Señala á Cristina que se ha dormido en una silla cerca de la chimenea.)*

JULIA.—Ah... caramba, que compañera más agradable... Oye, ¿ronca tambien?

JUAN.—No, pero había alto cuando sueña.

JULIA.—(*Cinicamente.*) ¿Cómo lo sabes?

JUAN.—(*Con desverguenza.*) La he oído. (*Silencio, durante el cual los dos se miran.*)

JULIA.—¿Por qué no te sientas?

JUAN.—No me atrevo á hacerlo en su presencia, señorita

JULIA.—¿Y si lo ordeno?

JUAN.—Entonces... obedeceré.

JULIA.—Bueno, pues entonces siéntate... Espera, ¿no tienes nada que darme para beber?

JUAN.—No sé lo que habrá en este armario. Creo que no hay más que cerveza. (*Sube hasta el armario.*)

JULIA.—Bueno, cualquier cosa, andemos, tengo gustos tan sencillos que la prefiero al vino.

JUAN.—(*Saca del armario una botella de cerveza y la descorcha; busca además un vaso y un plato y así se lo presenta.*) Señorita...

JULIA.—Gracias... ¿no quieres beber tú?

JUAN.—La cerveza no es lo que más me gusta, pero si usted lo manda...

JULIA.—¿Si yo lo ordeno?... Me parece que galante como eres debieras ayudar á tu dama á...

JUAN.—Tiene usted razón. (*Descorcha otra botella y saca otro vaso.*)

JULIA.—Ahora... bebe á mi salud. (*Juan titubea.*)

JULIA.—(*Aparte.*) Si diría que es tímido ese galopín.

JUAN.—(*En pié con un tonillo de comedia y levantando el vaso.*) ¡A la salud de mi dama!

JULIA.—¡Bravo!.. Ahora vas á besar mi zapato para acabar de cumplir tu papel. (*Juan duda, después arrodillándose coge resueltamente el pié de Julia y lo besa dulcemente.*) ¡Muy bien! Debías haberte dedicado á actor.

JUAN.—(*Levantándose.*) Y ahora señorita... adios, buenas noches; debemos separarnos porque si alguien viniese y nos viese...

JULIA.—¿Qué sucedería?

JUAN.—Pues sencillamente, la gente empezaría á murmurar. Si la señorita supiera lo que gozaban algunas personas cuando...

JULIA.—¿Qué dirían? cuéntame... siéntate de una vez hombre.

JUAN.—(*Sentándose.*) No quiero ofender á usted pero... se servirían de ciertas expresiones y ciertas frases respecto á... En fin, ya me comprende la señorita; no es una niña y... y... cuando se vé á una mujer y á un hombre bebiendo los dos solos... y más

siendo éste un criado, y más... de noche, pues...

JULIA.—¿Qué?... ¿Qué?... Además no estamos solos... ¿No está Cristina ahí?

JUAN.—Sí, dormida.

JULIA.—Pues voy á despertarla. (*Levantándose.*) Cristina ¿duermes?

CRISTINA.—(*Durmiendo*) Bla-bla-bla-bla.

JULIA.—(*Dirigiéndose á ella.*) ¡Cristina!.. ¡Que dormilona se ha vuelto!..

CRISTINA.—(*Soñando alto.*) Las botas del señor Conde están limpias... A servir el café... Ahora mismo, ahora mismo... oh... oh...

JULIA.—(*Cogiéndola la nariz.*) ¿Quieres despertarte?...

JUAN.—(*Secamente.*) No la moleste usted puesto que duerme.

JULIA.—(*Severamente.*) ¿Como?

JUAN.—Una persona que pasa todo el día, bregando con cacerolas y pucheros, tiene derecho á estar fatigada cuando llegue la noche. Se debe respetar el sueño de...

JULIA.—(*Cambiando de tono.*) Tienes razón; este pensamiento y esa frase te honran... Gracias. (*Tiende la mano á Juan.*) Acompáñame ahora á coger unas lilas. (*Mientras sigue la escena Cristina se despierta y se di-*

rige hacia la derecha, cayéndose de sueño, para irse á la cama.)

JUAN.—¿Con usted señorita?

JULIA.—Conmigo.

JUAN.—Imposible, absolutamente imposible.

JULIA.—Pero hombre... no hay quien te comprenda... ¿Te figurarás acaso que?...

JUAN.—Yo no; pero la gente sí.

JULIA.—*(Riendo.)* ¿Como? .. ¿Se figurará la gente que estoy enamorada de un criado?...

JUAN.—*(Haciéndola retroceder con su mirada.)*
No soy un fátuo, no, señorita, pero... ya se han visto ejemplos... y además, para el vulgo no hay nada sagrado.

JULIA.—¿A lo que parece eres un aristócrata?

JUAN.—Si, lo soy.

JULIA.—Me rebajo...

JUAN.—No se rebaje usted, señorita; siga mi consejo. Nadie creerá que se rebaja voluntariamente, la gente siempre dirá tan solo que ha caído...

JULIA.—Yo tengo mejor opinión del mundo que tú... Ven á sentarte... anda... *(Le invita con la mirada.)*

JUAN.—*(Después de un momento.)* Es usted rara, señorita.

JULIA.—Puede... tú tambien lo eres... tu eres

muy raro. La vida... los hombres todos, se parecen á un inmenso tropel de pequeños témpanos, que el agua empuja siempre, hasta que se hundan y desaparecen. De cuando en cuando sueño una cosa que me recuerda algo esta situación. Me figuro estar sobre una columna y que no puedo bajar; además me dá vértigo cuando miro hácia bajo. Quiero bajar pero no tengo valor para tirarme de lo alto. Me es imposible estar más tiempo allí y temo por otra parte caer; pero no caigo; no tengo reposo... no tengo calma hasta que estoy abajo, y cuando llego á tierra, quisiera hundirme en ella... ¿Has visto nada más raro?

JUAN.—No. Yo sueño otra cosa; yo sueño que estoy echado al pié de un árbol en un bosque sombrío. Quiero subir, subir hasta la cima, para contemplar alrededor de mí el paisaje claro y hermoso, iluminado por el sol, y cojer allí alto el nido de los huevos de oro. Trepo, trepo, pero el tronco es muy grueso y muy liso y la rama primera está muy alta, y lo que es peor sé que si llegara á coger esa rama llegaría á la cima como por una escala. Aún no la he cogido pero la cogeré... aunque sea un sueño.

JULIA.—Que tonta soy al hablar contigo de sueños. Vamos... ven... solo al parque.
(*Le ofrece ella misma el brazo.*)

JUAN.—Si esta noche, que es la de San Juan, dormimos sobre nueve hierbas, nuestros sueños se convertirán en realidad señorita... *(Juan se lleva de pronto la mano a uno de sus ojos.)*

JULIA.—¿Que tienes en el ojo?

JUAN.—Oh... no es nada... un poco de polvo, esto pasará...

JULIA.—Será que te habrá rozado la manga de mi vestido. Siéntate que te voy á curar. *(Asiéndole un brazo, le obliga á sentarse; luego le coge la cabeza, la echa hacia atrás, y con el pico del pañuelo trata de quitarle el grano de polvo.)* Estate tranquilo hombre, es ate tranquilo. *(Le dá un manotón en la mano.)* Vamos... quieres obedecer. Anda... creo que tiemb!as .. creo que tiembla el grande y fuerte mancebo *(Le toca el brazo.)* Con unos brazos como estos...

JUAN.—*(Como advirtiéndola.)* Señorita Julia.

JULIA.—Sí... *monsieur Jean.*

JUAN.—*Attention, je ne suis qu' un homme.*

JULIA.—Vaya... estate quieto... Ajajá... ya se fué... Bésame la mano y dame las gracias. *(Le presenta las manos.)*

JUAN.—*(Levantándose.)* Vaya .. se acabó; no será mía la culpa.

JULIA.—¿De veras?

JUAN.—Sí... ya no es usted una niña á los 25 años señorita. ¿Ignora usted acaso el peligro á que se expone jugando con el fuego?

JULIA.—Yo no me expongo á nada, yo... estoy *asegurada*.

JUAN.—(*Atrevidamente.*) No... no lo está usted; y además, sí lo está, hay en la vecindad casas inflamables...

JULIA.—¿Tu... por ejemplo?...

JUAN.—Sí .. no porque sea yo mio, porque soy un hombre joven...

JULIA.—(*Retrocediendo ante la mirada de Juan*) ¡Con esa facha!.. Vaya una presunción... ¿Un don Juan eh?.. ¿Un don Juan ó un José?... más creo que un José...

JUAN.—¿Cree usted?...

JULIA.—Estoy tentada á creerlo... (*Juan se aproxima á ella con descaro y pretende cogerla el talle para abrazarla.*)

JULIA.—(*Dándole un bofetón.*) ¡Quieto!.. (*Silencio. Julia se separa de Juan y sube hacia la izquierda.*)

JUAN.—¿Ha sido en serio ó en broma?...

JULIA.—En serio.

JUAN.—Ah, era en serio .. Su juego de usted, es demasiado serio señorita, y por lo mismo es peligroso .. Estoy cansado de jugar y la ruego me perdone si vuelvo á mis ocupa-

ciones. Tengo que limpiar las botas del señor Conde para mañana temprano, y ya hace bastante tiempo dieron las doce.

JULIA.—¡Deja esas botas!

JUAN.—Imposible. Es mi obligación y por ella estoy en la casa. Nunca he procurado ser su compañero de juego, pero desde hoy, lo procuraré menos... Me creo demasiado bueno para ello.

JULIA.—Eres altivo.

JUAN.—En unos casos sí, en otros no.

JULIA.—¿Has amado alguna vez?

JUAN.—Nosotros no empleamos, no usamos esa palabra, pero sin embargo he estado varias veces enamorado. Me acuerdo que una vez estaba enfermo por no poseer á aquella que yo quería; enfermo ya ve usted, como los Príncipes de «Las Mil y Una Noche» á quienes el amor impedía comer y beber.

JULIA.—¿Quién era ella?... (*Juan no contesta.*)
¿Quién era ella?...

JUAN.—No se moleste usted, señorita... no lo diré...

JULIA.—¿Tampoco me lo dirás si te lo pido como tu igual... como tu amiga? Vamos... ¿quién era ella? dímelo...

JUAN.—Usted.

JULIA.—¡Caramba!... Es curioso...

JUAN.—Sí... es curioso y si se quiere hasta risible.. Esta era la historia que no he querido contar antes, pero ahora la voy á contar. ¿Sabe usted, señorita, el efecto que produce el gran mundo visto desde abajo? No... no lo sabe usted. Es como los gavilanes y los halcones de los que rara vez se ve la espalda, porque generalmente están en los aires.. Yo habitaba una choza con siete hermanos entre varones y hembras y un cerdo, allá bajo, en los campos grises, donde no hay árboles. Desde la ventanuzá, veía la tapia del parque del señor Conde y los manzanos que la rebosan. Ese parque era el Paraíso Terrestre; una multitud de angeles irritados, armados de flamígeras espadas lo guardaban. Sin embargo, otros pilletes y yo encontramos el camino del arbol del bien y del mal, del arbol de la vida.. (*Con hipocresia.*) ¿Me desprecia usted ahora, señorita?

JULIA.— ¿Por qué?... ¿por robar manzanas? Bah .. todos los chicos lo hacen.

JUAN.—Eso lo dice usted por no afligirme, pero en su interior me desprecia... Poco importa... Un día fuí al jardín con mi madre para escardar, cobar... y en una palabra, para ayudar á arreglarlo. Al lado de la huer-

ta había un kiosco bajo un túnel de jazmines y cubierto de madre selvas. Yo ignoraba para lo que podía servir aquello, pero nunca había visto construcción tan bonita. Muchas personas entraban y salían de él. Un día la puerta estaba abierta, me deslicé adentro y vi los muros adornados con retratos de reyes y emperadores. Había dos ventanas con colgaduras de franjas coloradas... Ahora ya sabrá usted adonde voy á parar... (*Cortando una rama de lila y teniéndola bajo la nariz de Julia*)... Yo no había entrado nunca en el Castillo, ni había visto nada mas en mi vida que la Iglesia... pero aquello era más hermoso; en cualquier cosa que pensaba siempre acababan mis pensamientos en lo mismo... Entonces nació poco á poco en mí la idea, el deseo de gozar de una vez todos los placeres... En fin como decíamos me deslicé, ví, y quedé maravillado y absorto. De pronto, oigo venir á alguien. No había más que una salida para la gente pero para mí había una segunda, y además no tenía mucho donde escoger (*Julia que ha cogido la ramita la deja caer sobre la mesa.*) Salto pues, me meto por entre un plantío de frambuesas, paso sobre otro de fresas, y por último llego á la terraza de las rosas. Allí, veo un traje color de rosa y dos brazos blancos. Era usted. Me

echo sobre un montón de hierbas; estaba formado este montón como se lo puede figurar, de cardos y hortigas que picaban atrocemente y tierra húmeda que olía mal, y yo miraba, la miraba á usted paseando por entre las rosas y pensaba: si es verdad que un ladron puede entrar en el Reino de los Cielos y conversar con los ángeles, es extraño que aquí, en la tierra, el hijo de un guarda-bosque no pueda entrar en el parque del Castillo, y jugar con la hija del Conde ..

JULIA.—(*Con un tono ilegiaco.*) ¿Crees que todos los chicos pobres hubieran pensado como tú en iguales circuns'ancias?

JUAN.—(*Duda un momento, después dice con tono convencido.*) ¿Si todos los chicos pobres? . . Sí naturalmente.

JULIA.—Debe ser una inmensa desgracia ser pobre.

JUAN.—(*Con un dolor profundo y exajerado.*) ¡Oh, señorita Julia, oh!... un perro tiene derecho á sentarse y hasta echarse en el canapé de una condesa; un caballo sentirá su hocico acariciado por la mano de una noble señorita, pero un lacayo... (*Cambiando de tono.*) Sin duda alguna, hay gentes que tienen la suficiente naturaleza para hacerse camino en el mundo, pero.. ¿cuan-

tas veces sucede eso? Así pues ¿sabe usted señorita lo que hice? me tiré vestido y todo al arroyo del molino; me cercaron y por añadidura me dieron una paliza.. Pero el domingo siguiente, como mi padre y toda mi gente se habían ido á casa de la abuela, hice todo lo posible por quedarme; después me lavé bien con jabón y agua caliente, me puse mis mejores vestidos y me fuí á la Iglesia con la esperanza de ver á usted. y efectivamente la ví y volví á casa resuelto á morir, pero yo quería una muerte bonita, agradable, sin dolor. Me acordé entonces de lo que dicen: que es peligroso dormir bajo un sauco. Justamente teníamos uno en flor. Le despojé de sus adornos blancos, y me hice una cama en el cofre en que guardábamos la avena... ¿Ha reparado usted, señorita lo lisa que es la avena? Tanto ó más suave al tacto que la piel humana... Además de todo esto eché la tapa del arca y cerré los ojos; me dormí y me desperté en efecto muy malo, pero no me morí como ve usted... ¿Qué quería?... lo ignoro... Yo no tenía ¿verdad? no podía tener ninguna esperanza de acercarme á usted, de obtener... Pero usted era la que me demostraba que yo había nacido para elevarme de la condición de todos los míos ..

JULIA.—¿Sabes que tienes grandes condiciones para orador?... ¿Has estado en la escuela?

JUAN.—Sí... algo, pero he leído muchas novelas y frecuentado mucho los Teatros. Además, he escuchado las conversaciones de la buena sociedad y eso me ha enseñado mucho.

JULIA.—¿Ah... oías lo que hablábamos?

JUAN.—Ya lo creo... y he oído muy buenas cosas desde mi sitio de gobernar la barca de remo. Me acuerdo que un día, usted señorita Julia y una amiga...

JULIA.—¿De veras?... ¿Que has oído?

JUAN.—Caramba . . . difícilillo es de explicar; pero lo que si se decir, es que casi me asombré y no pude comprender donde había aprendido todas aquellas palabras y frases. Puede que después de todo no exista gran diferencia entre un hombre y otro hombre...

JULIA.—¡Oh... puede!... Pero de todos modos nunca nos portamos como vosotros cuando somos novios.

JUAN.—(*Mirándola fijamente.*) ¿Sí?... Bah, señorita, no debía usted hacerse la inocente conmigo...

JULIA.—(*Levantándose.*) Aquel á quien yo había entregado mi corazón era un miserable.

JUAN.—Siempre dicen ustedes lo mismo...
despues...

JULIA.—¿Siempre?

JUAN.—Por lo menos así lo creo yo, porque ya
he oído la misma frase en circunstancias
parecidas.

JULIA.—¿Qué circunstancias?

JUAN.—Análogas á la presente. La última vez..

JULIA.—(*Levantándose y pasando al otro lado.*)
¡Cállate!... (*Cerca de la puerta.*) No quiero
saber más...

JUAN.—(*Subiendo también.*) Ella tampoco que-
ría saber más... es asombroso.. Ahora seño-
rita, le suplico me permita irme á acostar.

JULIA.—(*Dulcemente.*) Irse á acostar la noche
de San Juan. ¡Ah!...

JUAN.—Sí... el bailar con esos campesinos ahí
abajo, no me divierte.

JULIA.—Coge el timón de la barca y condúce-
me por el lago; quiero ver la salida del Sol.

JUAN.—Señorita... ¿es eso prudente?

JULIA.—Se diría que tienes miedo de echar á
perder tu reputación.

JUAN.—¿Por qué no? No quiero ser ridículo.
Ademas, cuando me establezca quiero tener
buenos antecedentes, y por último, me
parece que tengo ciertos deberes con Cris-
tina..

JULIA.—Anda .. mira por donde sales... por Cristina.

JUAN.—Sin duda alguna, pero tambien es por usted señorita. Siga mi consejo y váyase á acostar.

JULIA.—Así pues... ¿es preciso obedecerte?

JUAN.—(*Con hipocresía.*) Por una vez, sólo por una vez y por su interés... yo se lo suplico. La noche está muy avanzada. El sueño ha huído y las cabezas están bastante trastornadas. Vaya usted á acostarse señorita. (*Yendo hacia la puerta.*) Además, si no me engaño vienen hacia aquí á buscarme... Si nos encuentran á los dos juntos está usted perdida...

UN CORO.—(*Aproximándose cantando.*)

Del bosque venían dos bellas
Tridiridi-ralla. Tridiridi-ra
Con las manos llenas de flores.

Tridiridi-ralla-la
Que se decían las bellas

Tridiridi-etc..
Entreteniéndose de ese modo
Tridiridi.. .

Pues se lamentaban las bellas
Tridiridi...

De verse aún doncellas
Tridiridi...

JULIA.—Yo conozco á esos que vienen, los

quiero y ellos á su vez me quieren. Déjalos venir y verás...

JUAN.—No, señorita Julia, esos que vienen no la quieren. Comen el pan de usted y luego la insultan por detrás. Créame á mi... Escúchelos... Escuche lo que cantan ahora. Pero... mejor no, no los escuche.

JULIA.—(*Prestando atención.*) ¿Qué cantan?

JUAN.—Una canción contra nosotros dos.

JULIA.—(*Volviendo á la escena.*) ¡Infames!..
¡Traidores!...

JUAN.—La canalla siempre es cobarde. En esta lucha señorita, no se puede hacer nada más que huír.

JULIA.—¿Huír?... ¿Adonde? Imposible salir. No podemos entrar en el cuarto de Cristina...

JUAN.—(*Siempre hipócritamente.*) Es verdad... En el mio entonces. La necesidad no tiene ley señorita. Puede usted fiarse de mí, porque soy y seré para usted un amigo verdadero, sincero y respetuoso...

JULIA.—Pero cuidado... mucho cuidado... Si te buscan en tu cuarto...

JUAN.—Echaré el cerrojo á la puerta, y si asi y todo tratan de abrirla... disparo... Venga usted, señorita, (*Llevándola.*) Venga usted.

JULIA.—(*Acentuando las palabras.*) ¿Me prometes?...

JUAN.—¡Lo juro! (*Julia se va muy deprisa por la izquierda. Juan la sigue.*)

BAILE

(*Salen campesinos en traje de fiesta con flores en los sombreros y un murgista ó músico del lugar á la cabeza. Encima de la mesa, colocan un barrilito de cerveza y un pequeño tonel de aguardiente adornados de follage. Sacan vasos y beben. Después forman un corro y bailan cantando «Del bosque venían dos bellas...» Acaba el baile y salen sin dejar de cantar. Julia entra en escena sola. Ve el desorden de la cocina y junta las manos. Después saca una borla y se empolva la cara.*)

JUAN.—(*Entrando exaltado.*) Ya lo ha oído usted... Ya lo ha visto usted. ¿Cree usted que será posible seguir aquí?...

JULIA.—No... no lo creo. Pero... ¿que hacer ahora?

JUAN.—Huir... huir... lejos de aquí...

JULIA.—Huir... sí ¿Pero adonde?

JUAN.—A Suiza, á los lagos de Italia. ¿No ha estado usted nunca allí?

JULIA.—No... ¿Es bonito?

JUAN.—¡Ah! es un eterno verano... con naranjos y laureles... ¡Ah!

JULIA.—¿Y después?... ¿Qué haremos después?

JUAN.—Montaré un hotel de primer orden al

que no vayan más que huéspedes escogidos.

JULIA.—¿Un hotel?..

JUAN.—¡Ah! que hermosa vida .. viendo sin cesar caras nuevas, oyendo idiomas extraños, sin un minuto disponible para soñar ni estar quieto sin necesidad de buscar ocupaciones... puesto que vienen ellas mismas; noche y día, la gran campana sonando, los trenes que silvan, los omnibus que llegan y vuelven á marcharse... en tanto que las piezas de oro ruedan en el *comptoir*. ¡Ah que hermosa vida!

JULIA.—Sí, es verdad, eso es vivir... pero ¿y yo?

JUAN.—Usted... ama de la casa, adorno de la razón social. Con su cara... su figura, sus maneras... ¡Oh!... el negocio es seguro y colosal... Usted estará sentada como una reina en su trono, en el *comptoir*, y hará usted mover sus esclavos con solo apretar un botón eléctrico. Los clientes desfilarán ante usted y depositarán humildemente su óbolo sobre la mesa... No se puede usted figurar señorita, como tiemblan las gentes cuando tienen en la mano una cuenta de hotel... Será preferible que usted las presente, yo lo echaría todo á perder, en cambio usted.. usted... las endulzará con su mejor sonrisa ...¡Oh! vámonos... vámonos

de aquí. . (*Saca una guía del bolsillo.*) Inmediatamente... en el primer tren. A las 6,30 estaremos en Malme, á las 8,40 de mañana por la mañana en Hamburgo. Un día en Francfort-Bale, y á Como por el San Gotardo... ¡Tres días!... ¡tres días!...

JULIA.—Todo eso es muy hermoso... pero, Juan necesito que me des valor... Dí que me amas... ven á abrazarme...

JUAN.—(*Titubeando.*) Yo quisiera... pero no puedo... y menos en esta casa. Yo la amo á usted... ¿Qué duda cabe?... ¿Puede usted dudarle?...

JULIA.—(*Con un tono modesto y realmente femenino.*) Usted... usted... (*Yendo hacia él.*) Tutéame... Toda barrera ha desaparecido entre nosotros... ¡Tutéame!..

JUAN.—(*Preocupado.*) No puedo. (*Con despego.*) Siempre habrá obstáculos... barreras entre nosotros mientras vivamos aquí... Existe el pasado... el señor Conde... el cual me inspira un respeto como no me lo ha inspirado nadie... No tengo más que ver sus guantes para encontrarme pequeño... muy pequeño... No tengo más que oír la campanilla llamándome ya estoy inquieto como un caballo espantadizo... Y ahora, ahora mismo al ver sus botas tiesas y dere-

chas como granaderos prusianos, siento cierto estremecimiento en la espalda. Supersticiones, prejuicios que nos han inculcado desde la infancia... pero que no es difícil olvidar. No hay más que irse á otro país donde se vivirá más tranquilamente, y donde se respetará y será saludado ceremoniosamente mi portero... *Es preciso* saber inclinarse y saludar; más, yo no lo haré jamás. Yo no he nacido para rebajarme de ese modo; tengo otra manera de ser, otro carácter y cuando alcance la primera rama, ya me verá usted subir señorita, ya me verá usted subir. Hoy soy un criado, pero dentro de un año seré propietario, dentro de diez rentista, y entonces me iré á Rumania me haré condecorar y *podré*... fíjese usted bien, digo que *podré*... acabar en Conde...

JULIA.—No vayas tan aprisa .. ¿Cómo vas á ser tu Conde?...

JUAN.—¡Bah'.. En Rumania los títulos de Conde se compran, y usted señorita será condesa... mi condesa.

JULIA.—(*Sentada.*) ¡Qué me importan todos esos proyectos!.. Dime que me amas... porque sin eso... si... ¿que soy yo sin eso?...

JUAN.—(*Sentado.*) Ya lo diré mil veces... pero después... Aquí no... y sobre todo pocas sensiblerías y tontunas, ó de lo contrario

todo es inútil. Tenemos que tomar la cosa con frialdad y pensarlo con sosiego y sangre fría. (*Saca un cigarro, corta la punta y lo enciende.*) Siéntese usted señorita, yo haré lo mismo aquí y hablaremos como si no hubiera pasado nada.

JULIA. — (*Desesperada.*) ¡Dios mio!.. ¡Dios mio!.. ¿Pero no estás triste?... ¿No sientes nada?...

JUAN. — ¿Yo? .. No hay en la tierra hombre más sensible que yo; pero solo me mortifico cuando es menester.

JULIA. — Antes besabas mi zapato y ahora...

JUAN. — (*Con dureza.*) Antes era antes. Ahora es ahora.

JULIA. — No me hables duramente.

JUAN. — Bueno, pero sea usted razonable. Hemos hecho una locura pero no la volveremos á hacer. El señor Conde, está por venir de un momento á otro, y antes que llegue, es preciso que tracemos nuestra regla de conducta... ¿Qué dice usted de mis proyectos?... ¿los aprueba usted?...

JULIA. — Me parecen admisibles pero hay solo un obstáculo: una empresa como esta necesita grandes capitales ¿los tienes tú?

JUAN. — (*Mascando su cigarro.*) ¿Yo?... Si... ciertamente. Tengo buenos amigos, expe-

riencia... conozco varias lenguas... Me parece que eso es una fortuna que...

JULIA.—Que con la cual, no se comprará ni un billete de ferrocarril.

JUAN.—Es verdad... Por eso busco un coman-
ditario para los primeros pasos.

JULIA.—¿Y lo encontrarás con facilidad?

JUAN.—No, yo no. Usted lo encontrará si quiere ser mi compañera.

JULIA.—Eso es imposible. Y además, yo por mi parte no tengo nada absolutamente. (*Silencio*)

JUAN.—Así, pues, el proyecto fracasó...

JULIA.—(*Levantándose.*) ¿Y entonces?...

JUAN.—... Todo queda como estaba.

JULIA.—(*Dirigiéndose hacia él.*) ¿Y te figuras que consentiré habitar bajo este techo en calidad de querida tuya? ¿Crees que voy á dejar que me señalen con el dedo? ¿Crees que podré mirar á mi padre cara á cara? ¡No! ¡no! ¡no! Llévame lejos de aquí... lejos del envilecimiento y la vergüenza... ¡Oh!.. ¿Qué he hecho?... ¡Dios mío!..

JUAN.—(*Remontando la escena.*) Vaya... Ya empiezan las letanías... ¿Qué ha hecho usted?... Lo que otras muchas han hecho antes que usted

JULIA.—(*Gritando como dominada por un ata-*

que de nervios.) ¡Y ahora me desprecias!..
Soy una mujer perdida.. una mujer caída...

JUAN.—(*Cínicamente.*) Caiga usted sobre mí,
yo la levantaré.

JULIA.—¿Qué horrible poder me ha arrastrado
hacia tí? ¿Será acaso el poder que atrae
al débil hacia el más fuerte? ¿Será el poder
del que cae hacia el que se levanta? ¿O
bien será el amor?.. ¿Será el amor?.. ¿Sabes
tú lo que es el amor?...

JUAN.—¿Yo?.. Si por cierto. ¿Cree usted que
hasta hoy no lo había experimentado?

JULIA.—¡Qué lenguaje y qué pensamientos!..

JUAN.—Así me han educado y así soy. Vaya,
déjese de nervios ahora y no se ponga ton-
ta. Ya es tarde para darse importancia...
Vamos, toma querida; toma este vaso de
superfino... (*Abre el cajón de la mesa, saca
la botella de vino y llena los dos vasos que ya
han servido.*)

JULIA.—¿De donde has sacado ese vino? (*Se le-
vanta.*)

JUAN.—De la bodega.

JULIA.—¡El Borgoña de mi padre!..

JUAN.—¿No es bueno acaso para su yerno?

JULIA.—¡Y yo que no bebo nunca más que
cerveza!

JUAN — Eso prueba únicamente que no tiene usted el gusto tan delicado como yo.

JULIA. — ¡Ladrón!

JUAN. — ¿Empezamos otra vez?

JULIA. — (*Vergonzosa.*) ¡Oh, oh... Cómplice de un criado ladrón!.. ¿Estaba borracha ó he soñado esta noche? La noche de San Juan... La fiesta de los juegos inocentes...

JUAN. — ¿Inocentes?... ¡Hum!..

JULIA. — (*Paseando por la escena.*) ¿Existirá en este momento sobre la tierra una persona más desgraciada que yó?

JUAN — ¿Porqué? Después de una conquista como la que ha hecho esta noche. Piense usted en Cristina que está ahí dentro. ¿No cree usted que también tendrá sentimientos y..?

JULIA. — Así lo creía antes, pero ahora no. ¡No! Un criado es un criado...

JUAN. — ... Y una perdida es una perdida.

JULIA. — (*De rodillas y con las manos juntas.*) ¡Oh Dios del cielo, pon fin á mi miserable vida. Sácame de este fango en donde me hundo... ¡Sálvame!.. ¡Sálvame!..

JUAN. — Me dá usted lástima, lo confieso. Cuando estaba acostado en los macizos del jardín y la veía á usted en medio de las ro-

sas... lo confieso ahora... tenía las mismas ideas que todos los pilletes...

JULIA.—¡Tú... que querías morir por mí!

JUAN.—En el cofre de la avena... Está bien urdida la mentira, ¿verdad?

JULIA.—¿Ah... pero era una mentira?

JUAN.—(*Sintiendo ganas de dormir.*) Casi, casi. Seguramente habré leído esa historia en cualquier periódico. Se trataba de un des-hollinador que se acostó en un baul sobre un montón de lilas, porque había sido condenado á estar encerrado en una casa de corrección.

JULIA.—Eres un...

JUAN.—¿He hecho bien en inventarlo, verdad? Después de todo ¿no se conquistan las mujeres con palabras engañosas?

JULIA.—Embustero.

JUAN.—¡Chit!..

JULIA.—Ahora ya habrás visto la espalda de buitre ¿eh?...

JUAN.—Precisamente la espalda, no...

JULIA.—Y yo habré sido la primera rama...

JUAN.—Sí, pero la rama estaba podrida...

JULIA.—¿Y dices que yo sería el gancho del hotel?

JUAN.—Y yo el hotel.

JULIA.—¿Y qué? Debía estar sentada siempre en tu *comptoir*, seguir tus mismas prácticas, falsificar tus cuentas...

JUAN.—Eso es... Ese era mi negocio...

JULIA.—¿Puede encerrar tanta porquería el alma humana?.. Nunca lo hubiera creído...

JUAN.—Si está súcia, lávela usted.

JULIA.—¡Lacayo... criado... De pié cuando yo hablo!

JUAN.—(*De pié.*) Querida del criado, amante del lacayo, vete de aquí... ¿Aún te atreves á reprocharme mis groseros modales? Jamás una de mis iguales se portó como te has portado esta noche. ¿Crees tú que una criada incita á los hombres como tú lo has hecho? ¿Has visto tú á una mujer de mi clase ofrecerse y entregarse como tú lo has hecho? Yo no lo he visto nunca, como no sea entre las bestias ó entre las mujeres perdidas...

JULIA.—(*Abatida.*) Tienes razón... Es justo... Maltrátame, pero tutéame... Eso es todo lo que merezco... Soy una miserable, mas ven en mi ayuda, socórreme... únete á mí si es posible...

JUAN.—(*Con un tono más dulce.*) No soy tan tonto que no me apropie una parte del honor de esta seducción, pero... ¿Cree usted

señorita, que una persona de mi condición se hubiera atrevido á levantar los ojos hasta usted, si usted no hubiera dado pié para ello? Yo por mi parte aún estoy confuso, turbado...

JULIA.—... Y orgulloso...

JUAN.—¿Porqué nó?... Sin embargo, estoy obligado á reconocer, que la victoria ha sido demasiado fácil á causa de la... borrachera.

JULIA.—¡Pégame... pues!..

JUAN.—No... señorita; usted es la que tiene que perdonarme lo que antes dije... Yo nunca pego á una persona desarmada, y menos á una mujer. Claro es que no puedo negar el orgullo que siento al ver que lo que desde abajo nos deslumbraba no es más que oro falso, que el azor tiene tambien la espalda gris, que la cara tan delicada y fina está empolvada, que las pulidas uñas pueden estar súcias, que el pañuelo aunque perfumado está manchado; pero por otra parte, me apena el ver que el objeto de mis deseos, de mis aspiraciones, no era sólido ni bien cimentado; me apena ver á usted caída... caída tan bajo que su cocinera está muy por alto de usted... Esto me apena tanto como ver las flores de otoño, maltratadas y marchitas por la lluvia y el

aire, y por último transformadas en barro...

JULIA.—Ya hablas como si estuvieras más alto que yo...

JUAN.—Ya lo estoy... Yo podría hacer de usted una Condesa pero usted no podría hacer de mí un Conde...

JULIA.—Pero yo tengo un Conde por padre y tú nunca lo podrás tener.

JUAN.—Es verdad.,. Pero puedo tener hijos condes si...

JULIA.—Tú eres un ladrón y yo no soy ladrona...

JUAN.—No es lo peor robar, señorita, no es lo peor... Hay algo mas bajo aún. Un criado de una casa, yo lo considero hasta cierto punto como miembro de la familia, como el niño de la casa, al cual no consideran ladrón cuando roba algo del matorral cargado de fruta... (*Su pasión se despierta. Se acerca á Julia despacio.*) Señorita Julia... Es usted una mujer magnífica... demasiado buena para un hombre como yo. Ha sido víctima de una alucinación y quiere disimular su falta imaginándose que me ama... Se engaña usted... á menos que mi facha la atraiga... En ese caso su amor no valdría más que el mío... Pero yo no seré para usted más que un bruto, un

grosero y nunca podré despertar en usted amor... verdadero amor...

JULIA.—¿Estás seguro?

JUAN.—Yo sin duda alguna, podré amar á usted. Es usted bella, distinguida. (*Aproximándose á ella y cogiéndola una mano.*) Instruida, amable... á ratos; la llama que enciende en el corazón de un hombre no se apagará nunca... (*La pasa un brazo por el talle.*) Es usted como un vaso de vino caliente y excitante, y un beso suyo... (*Pre-tende atraerla hacia si; ella se desase dulcemente y le rechaza.*)

JULIA.—Déjame... No es ese el mejor camino para conquistarme...

JUAN.—¿Como entonces?... No es el mejor camino caricias y frases cariñosas, ni preocuparme del porvenir ni querer salvarla á usted de la vergüenza... ¿Como entonces?... ¿Cual es el mejor?...

JULIA.—¿Cómo?... ¿Cómo?... No sé... No sé... Te tengo el mismo miedo que tengo á las ratas, y sin embargo no puedo separarme de tí...

JUAN.—¡Huya usted conmigo!..

JULIA.—(*Reanimándose.*) ¿Huir?... Sí huyamos... Pero estoy tan cansada... Dame un vaso de vino. (*Juan la dá vino. Julia mira su reloj.*) Pero... antes hablemos... Tene-

mos todavía tiempo... (*Vacia su vaso y lo presenta á Juan para que vuelva á llenarlo.*)

JUAN.—No beba usted de ese modo señorita... acabará usted por emborracharse...

JULIA.—¿Y qué pasaría?

JUAN.—¿Qué pasaría?.. Es muy feo emborracharse señorita... Y ahora hablemos ¿Qué me quería usted decir?.. (*Se sienta.*)

JULIA.—¡Huiremos!.. Pero antes vamos á hablar... Es decir, voy á hablar porque hasta aquí has sido tú el único que ha hablado. Me has contado tu vida; voy á contarte la mía... Así nos conoceremos á fondo antes de empezar el viaje juntos...

JUAN.—¡Un instante!.. Perdón... Reflexione usted bien señorita antes de contarme sus secretos, puede que luego se arrepintiera...

JULIA.—¿No eres mi amigo?.. ¿Mi aliado?..

JUAN.—Sí... Ya lo creo. Pero... no se fíe usted de mí.

JULIA.—Eso lo dices únicamente por hablar... Además mis secretos los conoce todo el mundo... Mira, mi madre era de familia plebeya... No tenía nada de distinguida... Habíanla educado en las doctrinas de su tiempo sobre la igualdad, la libertad de la mujer... Qué sé yo... un montón de cosas por el estilo... Es claro, tenía un horror invencible al matrimonio, hasta el punto

que cuando mi padre la pidió su mano le contestó que nunca sería su esposa, pero... sin embargo lo fué. Yo vine al mundo contra el deseo de mi madre... al menos por lo que pude comprender. Entonces mi madre concibió la idea de hacer de mí, una criatura fuerte y sana, y darme hasta cierto punto la educación que se dá á los muchachos. Quería que fuese la demostración viva y palpable de que la mujer vale tanto como el hombre. Me vistieron de chico, me enseñaron á cuidar los caballos, y me acostumbraron á estar en la cuadra. Por este método de educación aprendí á almohazar, á enjaezar, á cazar, y hasta las prácticas del campo. En nuestras posesiones los trabajos de las mujeres fueron confiados á los hombres y viceversa, lo cual dió por resultado que aquellas se convirtieran en eriales y terrenos incultos, y que fuéramos objeto de risa en todo el país... Por último, mi padre salió de su letargo... Se despertó y todo fué modificado según su deseo. Mi madre cayó enferma... Ignoro su enfermedad, pero lo que sí sé, es que padecía frecuentes ataques de nervios durante los cuales, se escondía en el granero ó en el jardín, y se ausentaba noches enteras.. Entonces hubo el gran incendio del que habrás oído hablar... La casa, el establo, la cuadra, todo

en fin fué destruído, y en circunstancias tan chocantes que hicieron suponer la existencia de una mano criminal, pues la catástrofe ocurrió el día siguiente de cobrar el trimestre de Seguros, y la prima enviada por mi padre, se retardó por la negligencia del mensajero, de tal modo que no llegó á tiempo... (*Vuelve á llenar el vaso y bebe.*)

JUAN.—No beba usted más señorita.

JULIA.—¡Déjalo!.. ¿Qué va á pasarme?... Pues si, nos encontramos sin casa y tuvimos que dormir en los coches. Mi padre no sabía donde encontrar, ni de donde sacar dinero suficiente para reconstruir la casa. Entonces mi madre le sugirió la idea de tratar un empréstito con uno de sus amigos de la infancia... de ella no de papá... un fabricante de tejas y ladrillos... La petición fué concedida pero sin que mi padre tuviera que pagar intereses... cosa que le sorprendió bastante... La casa fué reedificada. (*Bebe de nuevo.*) ¿Sabes quien fué el autor del incendio?...

JUAN.—Su madre.. señorita.

JULIA.—¿Sabes quien era el fabricante de tejas?

JUAN.—El amante de su madre.

JULIA.—¿Sabes de quien era el dinero?

JUAN.—¿El dinero?... Espere usted un poco...
No... no sé de quien era...

JULIA.—De mi madre.

JUAN.—¿De modo que el señor Conde no tenía nada de dinero?...

JULIA.—Nada. Mi madre poseía una pequeña fortuna, cuya administración no había querido dejar á mí padre... y la había colocado en casa de... su amigo...

JUAN.—¿Que se olvidó de devolvérsela, verdad?

JULIA —Precisamente... se la guardó... Todo al fin llegó á conocimiento de mi padre y juzga de su desesperación al comprender que no era posible intentar un proceso, ni pagar al amante de mi madre, ni mucho menos probar que el dinero pertenecía á ella .. Era la venganza de mi madre, porque la había quitado el gobierno y la autoridad en la casa... Entonces mi padre resolvió matarse... Hasta me parece recordar que atentó contra su vida y no consiguió su objeto. Volvió á la vida y reintegró á mi madre la suma en cuestión. Fueron para mí aquellos unos cinco años terribles, puedes creerme. Simpaticé con mi padre aunque sin abandonar á mi madre... ya que ignoraba lo que había sucedido. Me había inculcado el desprecio y el ódio hacia el

hombre... Ella odiaba á los hombres como te he dicho y yo le juré no ser jamás la esclava de un hombre.

JUAN.—Apesar de todo ha estado usted en relaciones con...

JULIA.—Precisamente... porque pensaba hacerle mi esclavo.

JUAN.—¿Y él no ha querido?

JULIA.—Si... El si queria pero no pudo ser. Me cansé de él.

JUAN.—Yo le vi... en el patio de la cuadra.

JULIA.—¿Qué viste?

JUAN.—¿Qué vi?... Vi... cómo rompía las relaciones.

JULIA.—¡Falso! Fui yo quien las rompió... ¿Acaso se ha jactado el miserable de haber sido él, el que?...

JUAN.—¡Oh, no es un miserable!... ¿Odia usted á los hombres, señorita?...

JULIA.—Si los odio... la mayor parte del tiempo, pero... algunas veces... cuando la debilidad se apodera de mí... ¡Oh... oh!...

JUAN.—¿Me odia usted á mí también?

JULIA.—Ya lo creo... mucho... quisiera matarte como á una bestia...

JUAN.—Como se mata á un perro rabioso... ¿verdad?

JULIA.—Eso es.

JUAN.—Pero en este momento no tiene usted ninguna arma á mano y no hay perro tampoco... ¿Que hacer pues?

JULIA.—Huir.

JUAN.—¿Para matarnos más ó menos tarde á fuerza de terquedades mútuas, eh?...

JULIA.—No... para gozar dos días, ocho días... todos los más posibles... y después morir.

JUAN.—¿Morir? No tanto, no tanto... Me parece que en ese caso era preferible montar un hotel.

JULIA.—(*Sin oír á Juan.*) ...En las orillas del lago de Como, donde el Sol brilla constantemente, donde los laureles están verdes por Navidad, y donde los naranjos están siempre cubiertos de flor...

JUAN.—En el lago de Como siempre está lloviendo, y además, nunca he visto naranjas allí como no haya sido en las tiendas. Pero es un buen punto; allí acuden muchos extranjeros porque hay muchas *villas* que se alquilan á parejas de enamorados... Ese sí que es el gran negocio... ¿Sabe usted por qué, señorita?... Porque hacen un arrendamiento de seis meses... y se van á las tres semanas.

JULIA.—(*Ingenuamente.*) ¿Por qué á las tres semanas?

JUAN.—¡Caramba!... porque riñen... Pero el alojamiento no se paga menos. Después se realquila y así sucesivamente, pues el amor puede acabarse, mas los amantes no se acabarán jamás.

JULIA.—¿No quieres morir conmigo?

JUAN.—No... No quiero morir de ninguna manera: Primero porque me gusta la vida, y luego porque miro el suicidio, como un crimen contra la Providencia á quien debemos la existencia.

JULIA.—¿Crees en Dios?

JUAN.—Ya lo creo. Voy á la Iglesia todos los Domingos. (*Levantándose.*) Hablando francamente, todo esto empieza á fastidiarme y me voy á acostar.

JULIA.—¿De veras? ¿Y crees que yo lo voy á consentir? ¿No sabes acaso las obligaciones que tiene un hombre hacia la mujer que ha deshonrado?

JUAN.—(*Saca un portamoneda y tira una moneda sobre la mesa.*) Ahí vá... no quiero tener deudas.

JULIA.—(*Fingiendo no reparar en el ultraje.*) ¿Sabes lo que dice la ley?

JUAN.—Desgraciadamente la ley no fija pena para la mujer que seduce á un hombre.

JULIA.—(Como antes.) ¿No ves medio mejor que huir, casarnos y luego separarnos?

JUAN.—¿Y si yo rehusó acceder á... ese mal negocio?

JULIA.—¿Mal negocio?

JUAN.—Sí... al menos para mí. Señorita, mis antepasados tienen una historia más honrosa que los suyos, pues yo no cuento ningún incendiario en la familia.

JULIA.—¿Cómo sabes eso?

JUAN.—Pruébeme usted lo contrario. Nosotros tenemos el árbol genealógico... en las buenas costumbres; pero el de usted, lo he leído yo en un libro que encontré en la mesa del salón.. ¿Sabe usted, señorita, quien fué uno de sus ascendientes? Un molinero en cuya casa durmió el Rey una noche, en tiempos de las guerras de Dinamarca. Yo no tengo ascendientes de esa clase, ni de ninguna otra y... por eso puedo ser yo...

JULIA.—Este es el resultado de haber abierto el corazón á un ser indigno, de haber entregado el honor de mi familia...

JUAN.—El deshonor, querrá usted decir... Ve usted, ya se lo decía yo: no beba usted tanto... no es bueno beber tanto... Después se habla y... es *peligroso* hablar demasiado.

JULIA.—¡Oh! como me arrepiento... como me arrepiento... Si al menos me amases...

JUAN.—Pero vamos á ver... ¿Qué entiende usted por eso? ¿Debo llorar? ¿Debo saltar por encima de su latiguillo? ¿Debo abrazarla y llevarla durante tres semanas al lago de Como, y después...? En una palabra ¿Qué debo hacer? ¿qué quiere usted? ya empieza esto á ser fastidioso. He aquí el resultado de mezclarse en cuestiones de mujeres. Señorita Julia, es usted desgraciada, ya lo veo; sé que sufre usted, pero... me es imposible comprenderla. En nuestra clase, no nos andamos con tantas historias; nosotros no nos guardamos rencor.. El amor para nosotros, es como un juego en el que nos ocupamos cuando nos dejan libres nuestras obligaciones, y al que no podemos consagrarnos día y noche como ustedes... Creo que está usted enferma... verdaderamente enferma.

JULIA —Sé bueno para mí, y háblame ahora como á un ser razonable y...

JUAN.—Conforme, pero séalo usted también. Usted me escupe, y luego no quiere enjugarme.

JULIA.—Ayúdame, socórreme... dime únicamente lo que es preciso hacer... el camino que debo seguir...

JUAN.—¡Caramba si yo lo supiera!...

JULIA.—Yo estaba loca... es verdad, pero ¿no hay ningún medio de curarme?

JUAN.—Sí... quedándose aquí y estando tranquila. Nadie sabe nada.

JULIA.—¡Imposible!... Las gentes... Cristina... Todos lo saben .. lo sabrán...

JUAN.—No... lo ignoran y nunca se lo figurarán.

JULIA.—(*Exitada.*) Pero... esto puede renovarse.

JUAN.—Es verdad.

JULIA.—¿Y las consecuencias?

JUAN.— (*Asustado.*) ¿Las consecuencias?... ¿Donde tendría yo la cabeza para no pensar en ello?... En ese caso no hay más remedio que irse.. y enseguida.. Yo no la acompañaré á usted porque entonces todo estaba perdido... Es preciso que parta usted sola... no importa donde.

JULIA.—¿Sola? ¿dónde?... No puedo.

JUAN.—Es preciso, y antes de la vuelta del señor Conde. Si se queda usted no sabemos lo que pasará. Cuando se comete una falta, se quiere continuar porque el daño ya está hecho... se enardece uno más y más, y finalmente se descubre todo.. Así, pues, váyase usted. Enseguida escribirá us-

ted al señor Conde, confesándolo todo, excepto que he sido yo el que... Así le será imposible adivinar... si bien creo que no le importará mucho.

JULIA.—Me irè si tu me acompañas.

JUAN.—¿Está usted loca? ¡La señorita Julia huir con su criado! Pasado mañana los periódicos hablarían de ello y el señor Conde no sobreviviría...

JULIA.—¡No puedo huir! ¡No puedo quedarme... ¿Qué hacer?... Ven en mi ayuda... Yo estoy fatigada... extraordinariamente fatigada... Mándame .. ordéname... Ponme en movimiento porque me es imposible pensar, ni obrar, ni...

JUAN.—He ahí lo poco que es usted. Se yerguen ustedes... se figuran ser los señores de la Creación, y ahora... En fin la voy á dar una orden. Suba usted á vestirse, provéase usted de todo el dinero posible para el viaje y baje otra vez.

JULIA.—(*A media voz.*) Acompañame tu...

JUAN.—¿A su cuarto?... ¿Pero está loca? (*Duda un momento.*) No .. No; váyase enseguida... (*La coge de la mano y la conduce fuera.*)

JULIA.—(*Yéndose.*) ¡Háblame con más cariño.. Juan!

JUAN.—Una orden siempre es dura... ahora lo conocerá usted por experiencia...

(Juan se queda solo. Deja escapar un suspiro de satisfacción, se sienta á la mesa, saca un libro de notas y un lápiz, y empieza á contar en alta voz. Escena muda hasta la llegada de Cristina, vestida para ir á la Iglesia y con una camisa y una corbata blanca en la mano)

ESCENA III.

JUAN y CRISTINA.

CRISTINA.—¡María Santísima que desorden!...
¿Qué ha pasado aquí?

JUAN.—Ha sido la señorita que ha hecho entrar á esos... ¿Tan profundo ha sido tu sueño que no has oído nada?

CRISTINA.—He dormido como un lirón...

JUAN.—¿Ya te has vestido para ir á la Iglesia?

CRISTINA.—Si... ¿No me habías prometido que hoy me acompañarías y comulgarías conmigo?

JUAN.—Es verdad, caramba, es verdad... Después dirán que no tengo buenas costumbres... En fin, ven aquí... (Se sienta. Cristina empieza á ponerle la camisa y la corbata blanca. Silencio.)

JUAN.—(Cayéndose de sueño.) ¿Qué Evangelio es el de hoy?

CRISTINA.—Creo que es la degollación de San Juan Bautista.

JUAN.—Entonces será bastante largo... ¡Caramba que me ahogas!.. ¡Oh que sueño tengo.

CRISTINA.—¿Qué has hecho de pié toda la noche? Estás muy pálido.

JUAN.—Me he quedado aquí á hablar con la señorita Julia.

CRISTINA.—¿De veras?... Esa mujer ignora absolutamente todas las conveniencias.
(*Silencio.*)

JUAN.—Oye Cristina.

CRISTINA.—¿Qué?

JUAN.—Es curioso... ¿verdad?... Y cuanto más se piensa... Ella...

CRISTINA.—¿El qué es curioso?

JUAN.—Todo... (*Silencio.*)

CRISTINA.—(*Fijándose de pronto en los vasos medio vacíos que están sobre la mesa.*) ¿Habéis bebido juntos?...

JUAN.—Sí.

CRISTINA.—¡Ah... Mírame cara á cara...

JUAN.—¿Qué?

CRISTINA.—(*Rápidamente.*) ¿Es posible?... ¿Es posible?...

JUAN.—(*Después de un momento de reflexión.*) Si... Es posible.

CRISTINA.—¡Ah... Nunca lo hubiera creído!..

JUAN.—¿Estarás celosa de ella acaso?...

CRISTINA.—De ella... no. Si fuera de Clara ó de Sofia ya te hubiera arrancado los ojos, pero de .. ella, ¿Porqué habeis hecho eso?.. Dí,.. ¿Porqué lo habeis hecho?...

JUAN.—¿Entonces estás enfadada con... ella?

CRISTINA.— No, contigo... Has hecho muy mal... Muy mal... ¡Pobre chica!.. Yo por mi parte no quiero estar más en esta casa en donde no se respeta á los años...

JUAN.—¿Y porqué hay que tenerles respeto?

CRISTINA.—¿Y dices tú eso? ¿Tú que eres tan impertinente y tan meticuloso en tus cosas?... Vamos á ver... ¿Te gustaría estar al servicio de personas que se conducen de esa manera tan indecente?.. ¡Oh!... Hasta parece que se ensucia uno mismo al...

JUAN.—Tienes razón pero... ¿No es en cambio un gran consuelo ver que los otros no valen ni un ápice más que nosotros?

CRISTINA.—Eso á mí no me importa... Si no valen más, no hay que preocuparse para imitarles... Piensa en el señor Conde... En los disgustos que ha tenido en toda su vida... No... Yo no quiero quedarme en esta casa... ¡Y con una persona de tu posición!.. Si hubiera sido con su antiguo novio ó con otro...

JUAN.—¿Eh?... ¿Cómo?...

CRISTINA.—Si... Tú no estás mal ni mucho menos para tu posición... Pero hay clases y clases... No, esto no lo olvidaré nunca... La señorita que era tan orgullosa y que odiaba de tal modo á los hombres... ¡Quien había de decir que sé iba á entregar así á una persona como tú!... Ella que quería matar á la pobre Diana por haber corrido detrás del dogo!.. ¿Quien lo hubiera creído?... No... No quiero quedarme en esta casa más tiempo. El 24 de Octubre me voy,

JUAN.—¿Y después?

CRISTINA.—¿Después?... Pues como aún tenemos bastante tiempo por delante, buscaremos cualquier colocación para tí, porque... ¿nos casaremos, verdad?

JUAN.—Bueno... Pero... ¿Que es lo que vamos á buscar?... Una vez casados. . Yo por mi parte no podré encontrar ninguna plaza tan buena como esta.

CRISTINA.—Eso ya lo veremos. Puedes ser portero... O entrar como mandadero del despacho de cualquier administracion... Eso es... Entrar en una oficina es un poco duro pero seguro, y además la mujer y los hijos tienen derecho á una pensión...

JUAN.—(*Haciendo un gesto.*) Eso es muy bonito, pero no entra en mis proyectos morirme enseguida para asegurar una pensión á mi

mujer y á mis hijos... Debo confesar que tengo miras más altas...

CRISTINA.—¡Tus miras... Tus miras..! No olvides además que tienes deberes. .

JUAN.—No empieces con los deberes... Yo sé lo que tengo que hacer... (*Presta atención como si oyera algo por el techo.*) En fin... tenemos tiempo para pensar en eso... Ahora arréglate que vamos á ir á la Iglesia...

CRISTINA.—¿Quién anda por arriba?

JUAN.—Como no sea Clara...

CRISTINA.—Puede que sea el señor Conde que haya llegado sin avisar...

JUAN.—(*Asustado.*) ¿El señor Conde?... No, imposible... Ya hubiera llamado...

CRISTINA.—(*Saliendo.*) ¡Que el Cielo nos ayude .. Jamás ví nada parecido.

ESCENA IV

JUAN, JULIA

(*Empieza á salir el Sol é ilumina las cimas de los árboles del Parque. El día aumenta poco á poco hasta que entra oblicuamente por las ventanas. Juan va á la puerta y hace una señal con la mano.*)

JULIA.—(*Entra vestida de viaje teniendo en la mano una jaula envuelta en una servilleta.*)

Pone la jaula sobre una silla.) Ya estoy lista.

JUAN.—¡Chist!.. Cristina se ha despertado.

JULIA.—(*Muy nerviosa.*) ¿Sospecha algo?

JUAN.—No... Nada... Pero Dios mio, que facha tiene usted señorita...

JULIA.—¿Como?... ¿Qué facha?...

JUAN.—Está usted blanca como el papel y... perdón... Tiene usted la cara súcia...

JULIA.—Con lavármela... (*Va al lavabo y se lava la cara y las manos.*) Ya está... Dame una tohalla... ¡Ah!.. Ya está saliendo el Sol...

JUAN.—Esta es la hora en que los duendes se meten en la tierra...

JULIA.—Es verdad... Los duendes han salido esta noche... Pero oye Juan... Acompáñame... Tengo con que pagar...

JUAN.—(*Dudando.*) ¿Bastante?...

JULIA.—Bastante... para el principio. Ven conmigo porque me es imposible viajar sola hoy... Figúrate tú el día de San Juan metida en el departamento de un tren donde la atmósfera te asfixia, prensada por multitud de personas que te miran con ojos grandes. . grandes... Y después pararse en las estaciones, cuando una querría tener alas... No, no puedo, no puedo... Después

llegan los recuerdos de cuando era pequeña, de los días de San Juan... De la Iglesia adornada profusamente con flores! De la mesa... De la comida de ese día, de los parientes, de los amigos, de la tarde pasada en el parque, del baile, la música, las flores, los juegos... Oh... Se huye, se huye, pero los recuerdos nos acompañan en el vagón y con ellos vienen los remordimientos y arrepentimientos...

JUAN.—Bueno... Acompañaré á usted... Pero al momento, antes de que sea más tarde... ahora mismo.

JULIA.—Entonces... vístete. (*Coge la jaula.*)

JUAN.—Pero nada de bultos... De lo contrario seremos descubiertos.

JULIA.—No, nada. Únicamente lo que podemos llevar con nosotros en el vagón.

JUAN.—(*Qué ha cogido el sombrero.*) ¿Qué lleva usted ahí? ¿Qué es eso?

JULIA.— Es un canario. No quiero dejarlo aquí.

JUAN.—Pero... ¿Vamos á llevar con nosotros una jaula?... Está usted loca... Deje esa jaula.

JULIA.—¡La única cosa que llevo como recuerdo de mi casa! El único ser que me ama desde que Diana me ha abandonado... No seas cruel, déjame llevarla...

JUAN.—He dicho que deje usted esa jaula y...
No hable tan alto. Cristina nos oirá...

JULIA.—Pues no le dejaré en manos extrañas..
Prefiero que lo mates.

JUAN.—Entonces cójalo usted para que yo le
retuerza el cuello...

JULIA.—Bueno pero no le hagas daño... No
puedo... No puedo...

JUAN.—Cójalo usted... así yo podré...

JULIA.—(*Coge el pájaro de la jaula y lo besa.*)
¡Oh!... chiquito mío... vas á morir en ma-
nos de tu propia ama...

JUAN.—Bueno... pocas escenas.. ¿No se trata de
la vida de usted, y de su felicidad?... Caram-
ba... Vamos, pronto. (*Le arranca el pájaro
de las manos, le pone sobre un tajo y coge el
hacha de la cocina. La señorita Julia se
vuelve de espaldas.*) Debía usted haber apren-
dido á matar animalitos de estos, en vez de
tirar con el revolver (*Dando golpes con el
hacha.*) Así no se desvanecería delante de
una gota de sangre...

JULIA.—(*Gritando.*) Mátame... mátame á mi
también... ¿Cómo puedes asesinar á un
animal tan inofensivo y tan pequeño sin
que tu mano tiemble?... ¡Oh! te detesto...
te odio... Hay sangre entre nosotros... Mal-
digo la hora en que te he conocido y hasta

el momento en que salí del seno de mi madre. .

JUAN.—¿A qué viene maldecir ahora?.. Vaya.. vamos...

JULIA —(*Aproximándose al tajo como si este la atrajera de una manera irresistible.*) No.. no quiero partir todavía .. No puedo... quiero verle... ¡Chist!... Se oye un coche... (*Presta atención, con los ojos fijos sobre el tajo y el hacha.*) ¿Crees que no puedo ver sangre? ¿Crees que soy tan debil?.. ¡Oh!... quisiera ver tu sangre y tu cabeza sobre un tajo Quisiera verte nadar en un lago de sangre como este..... Creo que hasta podría beber en tu cráneo y bañar mis piés en tu pecho abierto... Hasta me atrevería á comer tu corazón... ¿Cres que soy tan debil... que te amo porque en un momento de locura te he deseado?... ¿Crees que podré llevar tu hijo en mis entrañas, amantarlo con mi sangre y darle tu nombre?... ¿Cómo te llamas tú? No he oído nunca tu nombre ni tu apellido... Probablemente no lo tendrás... y yo seré *La portera* ó la *Doña Tal*... ¡Perro que llevas collar de mi casa!... Lacayo que tienes grabadas mis armas en los botones de tu librea... ¡Disputarme yo con mi cocinera un hombre!... ¡Ser la rival de una criada mía! ...¡Oh, oh!... ¿Crees que soy cobarde y que

quiero huir?... No, no y mil veces no... Me quedo .. pase lo que pase... Ya me figuro la escena... Mi padre entra en su casa, encuentra un *secretaire* forzado... un dinero desaparecido... Entonces llama... con la campanilla... Dos veces, llama á su criado.. Después envía á buscar á la justicia... después yo... Confieso todo... ¡todo!... ¡Oh!... que alegría, acabar de una vez... con tal que ese sea el fin... Un golpe... sangre y morirá... Entonces se acabará todo y vendrá la tranquilidad... la calma... el reposo eterno... y por último, se encerrarán las armas de la casa en un féretro, la línea condal se extinguirá y la raza del lacayo vivirá... vivirá en un hospicio... conquistará laureles en el arroyo, y acabará en un presidio...

JUAN.—Ahora habla la sangre real... ¡Bravo señorita Julia... bravo!... Pero habrá usted de encerrar al molinero en su horno...

ESCENA V.

Los mismos y CRISTINA.

(*Cristina entra vestida para ir á la Iglesia y con un devocionario en la mano.*)

JULIA.—(*Corre hacia Cristina y se echa en sus brazos como para buscar protección en ellos.*)

¡Socórreme Cristina!... socórreme... protégeme, contra este hombre...

CRISTINA.—(*Inmóvil y fría.*) ¿Qué significa este desorden en la mañana de un día como el de hoy? (*Viendo el tajo.*) ¿Qué porquería han hecho ustedes ahí? ¿Qué quiere decir esto?... ¡Que gritos y que escándalo!...

JULIA.—Cristina, tu eres mujer y eres mi amiga .. Desprecia á ese miserable...

JUAN.—(*Un poco intimidado y turbado.*) Mientras hablan ustedes y se entienden voy á afeitarme... (*Se va por la izquierda.*)

JULIA.—Vas á oirme y comprenderás...

CRISTINA.—No... no puedo comprender nada de esto .. ¿Dónde va usted con el traje de viaje? ¿Y él con sombrero?... ¿Qué es esto?... ¿qué pasa?...

JULIA.—Escúchame Cristina... escúchame... te contaré todo...

CRISTINA.—No quiero saber nada...

JULIA.—Quiero que me oigas...

CRISTINA.—¿Qué me va usted á contar?... ¿el resultado de sus coqueterías con Juan? ¡Que me importan!... No quiero mezclarme en esas cosas .. Lo que si digo, es que si usted señorita piensa ponerle al frente de sus campos... ya sabremos nosotros lo que tenemos que hacer...

JULIA.—(*Muy agitada.*) Calma... calma Cristina y escúchame... Yo no puedo quedarme aquí, ni Juan tampoco... Estamos forzados á partir..

CRISTINA.—¡Hum... hum!...

JULIA.—(*Tomando un tono alegre.*) Pero.. oye, tengo una idea... una gran idea... ¿Y si fuéramos los tres... al extranjero... á Suiza... por ejemplo, y montáramos un hotel?... Yo tengo dinero... Juan y yo dirigiríamos el establecimiento, y tú... eso es... tú tendrías á tu cargo el departamento de la cocina.. ¿Eh, que tal?... Di que sí y ven con nosotros; verás, como todo se arregla.. Vamos dí que sí... (*Abraza á Cristina y la acaricia.*)

CRISTINA.—(*Fría y reflexionando.*) ¡Hum.... hum!...

JULIA.—(*Cada vez más agitada y con volubilidad.*) Tú, nunca has salido de aquí; tú, no has viajado nunca... Es preciso que veas mundo .. No te puedes figurar lo divertido que es viajar por ferrocarril... Sin cesar se ven caras nuevas... países nuevos... Primero llegaremos á Hamburgo y visitaremos el Jardín Zoológico... Verás cómo te gusta.. Después iremos al Teatro á ver la Opera... Luego á Munich. . Allí tendremos los Museos en donde hay cuadros de Rafael y Rubens, dos grandes pintores como sabes... Tú habrás oído hablar de Munich en donde

habitaba el Rey Luís que se volvió loco. ¿No te acuerdas de haberlo leído en los periódicos? Pues... veremos ese castillo... no hay nada comparable á aquello... parece un cuento de hadas. De allí.. á Suiza... por los Alpes... Por los Alpes... ¿joyes?... en los que hay nieve en medio del verano... y tambien naranjos y laureles verdes todo el año. . (Juan aparece en la puerta, pasando su navaja de afeitar sobre un cuero que sostiene con los dientes. Oye la conversación con vivo interés y de cuando en cuando hace con la cabeza signos de aprobación. Julia sigue con mas nerviosidad.) Allí montaremos un hotel... Yo estaré en la caja mientras Juan recibe á los viajeros... sale, hace compras y escribe cartas... Eso... eso es vivir. El tren silva, el omnibus llega, llaman de los pisos, llaman del *restaurant*. Después yo haré las cuentas.. ¡Ah!.. ya verás lo tímidos que son los viajeros cuando van á pagar su cuenta... Y tú... tú... la reina de la cocina . como es natural, tu no tocarás una cacerola ni un cacharro... Estarás vestida como una señora y cuando te presentes... con tu figura, tu cara... ¡oh!... no es adularte, cualquier día podrás enganchar á un hombre... á un Inglés por ejemplo... Esas gentes son tan fáciles de (*Bajando la voz.*) pescar... Ganaremos mucho dinero y haremos cons-

truir una *villa* en la orilla del lago Como... Allí llueve mucho, es verdad.. pero (*Con voz muy baja.*) el Sol también brilla algunas veces aunque es algo sombrío... En fin, podremos volver cuando nos dé la gana, ya sea aquí ó en otra parte.

CRISTINA.—¿Y la señorita cree todo eso?

JULIA.—(*Abatida.*)¿Que si creo?

CRISTINA.—Sí.

JULIA.—(*Agobiada como antes.*) No sé... no creo en nada... (*Se echa sobre un banco y reclina la cabeza y sus brazos encima de la mesa.*) En nada...

CRISTINA.—(*Volviéndose hácia la derecha y viendo á Juan.*) ¿Según eso pretendías huir?...

JUAN.—(*Embarazado pone la navaja sobre la mesa.*) Huir, es... mucho decir... Ya has oído á la señorita, y si bien es verdad que una noche en vela la ha dejado muy abatida, sus proyectos son perfectamente realizables...

CRISTINA.—¿De manera que quieres que yo sea cocinera de esa mujer?...

JUAN.—(*Rudamente.*) Haz el favor de usar un tono más respetuoso con tu ama... ¿oyes?

CRISTINA.—¿Mi ama?

JUAN.—Sí.

CRISTINA.—Vaya con el hombre...

JUAN.—Sí... tu ama, y pocas palabras La se-

ñorita Julia es tu ama, y la razón que te hace despreciarla ahora, deberá servirte para despreciarte á tí misma...

CRISTINA.—Yo he tenido siempre bastante respeto conmigo misma...

JUAN.—... Para poder despreciar á los demás.

CRISTINA.—... Para descender más abajo de mi clase. Atrévete á decir que la cocinera del señor Conde ha tenido algo que ver con un lacayo ó un porquero!.. Atrévete á decirlo!

JUAN.—Con un lacayo no, pero con un hombre corrido y galante si has tenido una aventura...

CRISTINA.—¡Ah si... Un hombre corrido que roba la avena de la cuadra del señor Conde...

JUAN.—Que digas tú eso... Que has sisado todo lo que has podido y...

CRISTINA.—¿Como?

JUAN.—... Y qué nunca has respetado á tus amos. . ¡Vieja!..

CRISTINA.—Vaya; ¿vienes á la iglesia, si ó no? Me parece que tienes necesidad de un buen sermón por tu hazaña de esta noche...

JUAN.—No... No voy á la iglesia hoy... Vete tu sola á confesar tus pecados...

CRISTINA.— Eso voy á hacer y volveré con la absolución de tal modo otorgada, que se extenderá también á tí. El Salvador ha su-

frido y muerto en la Cruz por todos nuestros pecados, y si nos aproximamos á El con fé y contricción carga con nuestras faltas...

JULIA.—¿De veras Cristina?

CRISTINA.—Esta es mi convicción sincera. Tan verdad como que estoy aquí; esta es la Fé de mi infancia que Dios ha tenido á bien conservármela, señorita Julia. Allí donde está el pecado en profusión, en profusión está tambien la gracia.

JULIA.—Oh si yo tuviese tu Fé!... Si...

CRISTINA.—Si es claro... No se puede tener Fé sin la voluntad y consentimiento de Dios y ese consentimiento no lo dá á todo el mundo...

JULIA.—¿A quien lo da entonces?...

CRISTINA.—Ese es el misterio... Pero de todas maneras Dios tiene el mismo interés por todos y... los últimos serán los primeros.

JULIA.—¿Entonces tendrá más interés por los últimos... verdad?

CRISTINA.—(*Continuando.*) ... Y será más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los Cielos... Vaya, vaya... Esto se hace muy largo señorita Julia y yo me voy... sola... Y de paso prohibiré en absoluto al mozo de cuadra, que dé caballos á ciertas personas que desearían irse antes de que el señor Conde volviese... Adiós... (*Sale.*)

ESCENA VI

JUAN, JULIA

JUAN.—¡Qué diablo de mujer... Y todo por un canario ..

JULIA. — (*Como atontada.*) ¡Qué canario ni que... ¿Ves un medio de salir de este atolladero?... ¿Una solución posible?...

JUAN.—(*Reflexionando.*) No.

JULIA.—¿Qué harías tú en mi lugar?

JUAN.—¿En su lugar?... Yo... Usted es noble, Usted es mujer... Usted ha... caído... Lo ignoro... digo... Ya lo sé...

JULIA.—(*Cogiendo la navaja y haciendo ademán de cortarse el cuello.*) ¿Esto?..,

JUAN.—Sí... Pero yo no haría eso... Fijese usted bien señorita... Yo no haría eso... porque hay mucha diferencia entre usted y yo.

JULIA.—¿Porque tú eres hombre y yo mujer? ¿Qué diferencia es esa?

JUAN.—Pues... la diferencia de un hombre y una mujer.

JULIA.—(*Con la navaja en la mano.*) Yo quisiera... pero no puedo. Mi padre tampoco pudo el día que debió hacerlo.

JUAN.—No... El hizo bien en no hacerlo. Debió de vengarse y nada más.

JULIA.—Eso es. . Y ahora mi madre se venga de él en mí...

JUAN.—¿No quiere usted ó no ha querido á su padre señorita Julia?...

JULIA.—Si, muchísimo, pero también le he detestado y he debido de sentir este odio sin conciencia de ello. El tiene la culpa... El, que me ha educado en el desprecio hacia mi sexo, y que ha hecho de mí un ser que no es ni mujer ni hombre... ¿Quién tiene la culpa pues de lo que ha pasado? ¿Mi padre? ¿Mi madre?... ¿Yo? No tengo una idea que no sea de mi padre, no tengo un sentimiento que no sea de mi madre, y en fin, la opinión de que todos los hombres se parecen... es de mi novio... Y por eso le llamo miserable... ¿Como puede ser mía la culpa?... ¿Deberé confesar mis pecados y descargar mi conciencia en Jesús como lo hace Cristina? No... Soy demasiado orgullosa y demasiado razonable para ello, gracias á las enseñanzas de mi padre... Eso de que los ricos no puedan entrar en el reino de los Cielos, es mentira, y en este caso Cristina que tiene dinero en la Caja de Ahorros, tampoco entraría... ¿De quien es la falta?... No me importa saberlo... Después de todo soy yo la única que ha de sufrir las consecuencias y la responsabilidad, y yo...

JUAN.—Es verdad pero... (*Se oyen dos campanillazos. Julia se levanta bruscamente y Juan*

se cambia de traje.) El señor Conde ya está de vuelta Dios mio, señorita; si Cristina...
(*Se dirige al tubo acústico y escucha.*)

JULIA.—¿Ha registrado ya su *secretaire*?

JUAN.—Es Juan señor Conde. (*Escucha. El espectador no oye lo que el Conde dice.*) Si señor Conde. (*Sigue escuchando.*) Si señor Conde... al instante. (*Escuchando.*) Enseguida señor Conde. (*Escuchando.*) Si... dentro de media hora.

JULIA.—(*En el colmo de la ansiedad.*) ¿Pero qué dice? Dios santo?... ¿Que dice?

JUAN.—Quiere sus botas y su café dentro de media hora.

JULIA.—Dentro de media hora!.. ¡Oh... Qué cansada estoy... No me siento capaz de nada... No tengo fuerzas ni para arrepentirme ni para huir, ni para quedarme ni para vivir ni... para morir. Ven en mi ayuda Juan, ven en mi ayuda. Mándame que obedeceré como un perro... Préstame este último servicio... Salva mi honor, mi nombre.. Tú ya sabes lo que yo *debía* querer pero no puedo... Quiérello tú y ordena hacerlo... que yo...

JUAN.—No sé, no sé... Ahora yo tampoco puedo... No comprendo... Diríase que la costumbre de... El caso es que no puedo.. no sé dar á usted una orden... Y ahora menos... Ahora que el señor Conde me ha habla-

do... Imposible explicar á usted lo que siento... pero... Y además esa librea vieja que me he endosado... Creo que si el señor Conde bajara ahora y me mandara cortar-me el cuello... lo haría...

JULIA.—Figurate que tu eres él y yo soy tu... Antes representabas tan bien tu papel cuando estabas de rodillas... Entonces eras un verdadero señorito y ahora... ¿Dónde?... ¿No has visto nunca en el teatro magnetizadores?... *(Afirma Juan con la cabeza.)* ... El magnetizador dice á uno cualquiera «coge una escoba» y el otro la coge... «barre» y el otro barre...

JUAN.—Pero para eso hace falta que el otro esté dormido.

JULIA.—*(Como en éxtasis é hipnotizada por el Sol.)* Ya duermo ya... Toda la habitación la veo envuelta en una como nube de humo, y tu semejas una estufa de hierro que tiene la forma de un hombre vestido de negro con un sombrero muy alto... muy alto... Tus ojos brillan como brasas cuando el fuego se va apagando y tu cara está blanca como la ceniza. *(Los rayos del Sol bañan con su luz á Juan.)* ¡Ah!.. Qué calor... Qué hermoso es... *(Se frota las manos como si las calentara ante el fuego.)* ¡Qué luz!.. ¡Qué vida!..

JUAN.—*(Coge la navaja y se la pone en la ma-*

no.) He aquí la escoba... Ahora váyase usted antes de que sea más de día... En la granja... y... (*La dice algunas palabras al oído.*)

JULIA.—(*Despertada.*) Gracias... Por fin voy á encontrar reposo... Pero... Dime una cosa... ¿Los primeros pueden conseguir también la gracia de Dios?... Dilo... Responde aunque no lo creas...

JUAN.—¿Los primeros?... No... No sé... pero espere usted un poco señorita Julia, si se... Usted no es de las primeras sino de las... últimas...

JULIA.—Es verdad.. Estoy entre las últimas de las últimas... Soy la última... ¡Ah!. No puedo echar á andar... Mándamelo otra vez...

JUAN.—No... no puedo...

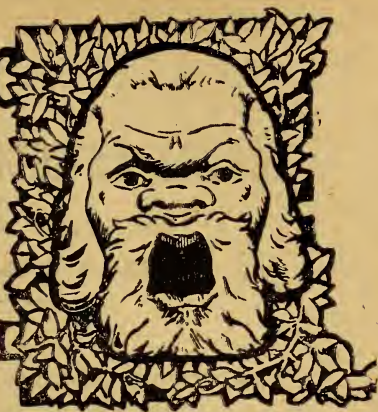
JULIA.—¡Y los primeros serán los últimos!...

JUAN.—No piense usted en eso señorita, no piense usted en eso... Me quita usted así todo el valor que tenía... Me vuelvo cobarde ¿Eh? ¿Cómo?... Me parecía que había vuelto á sonar la campanilla... Pero no hay más que una campanilla... Y es que detrás de la campanilla habrá una mano... que la pone en movimiento.. Y á la mano la pone en movimiento otra cosa... Con taponarse las orejas... Pero sonará más fuerte. Sonará hasta que se responda... Y en-

tonces será muy tarde... Demasiado tarde... Vendrá la policía... y... (*Se oyen dos campanillazos. Juan se extremece; después se reanima.*) Es espantoso... Pero no hay otro remedio... Vaya usted señorita... Vaya usted... (*Julia sale con paso firme y decidido.*)

TELÓN

TEATRO
ANTIGUO
y
MODERNO



OBRAS DE IBSEN

A UNA PESETA EL TOMO

I.—HALVARD SOLNESS

II.—HEDDA GABLER

III.—LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD

IV.—UN ENEMIGO DEL PUEBLO

A. STRINDBERG

V.—LA SEÑORITA JULIA

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

COLECCIÓN ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS

La presente publicación, tiene por objeto poner al alcance de todas las fortunas, las obras dramáticas así antiguas como modernas de los más celebrados autores y consagradas por la fama universal. Los cuatro primeros volúmenes, son otras tantas obras del génio dramático más potente y más digno de estudio que actualmente existe en el mundo. A Ibsen no se le puede juzgar, sin antes haber leído sus producciones detenidamente. Su labor es compleja, y por ende, digna de apreciarse en detalle y en conjunto. Sus obras están traducidas en todos los idiomas europeos. En España solo se habían publicado siete, y el afán de conocersele y estudiarlo, se ha despertado desde algún tiempo, en las regiones donde la literatura constituye la más legítima expansión

del espíritu. A satisfacer esta necesidad va destinada nuestra publicación, y si el público corresponde á nuestros sacrificios y trabajos, continuaremos dando á las cajas, las demás obras de Ibsen, alternando con otras, dignas del mismo objeto. *La señorita Julia* de Strindberg que constituye el V volúmen de esta colección y que acabamos de dar á luz, corrobora nuestros propósitos.

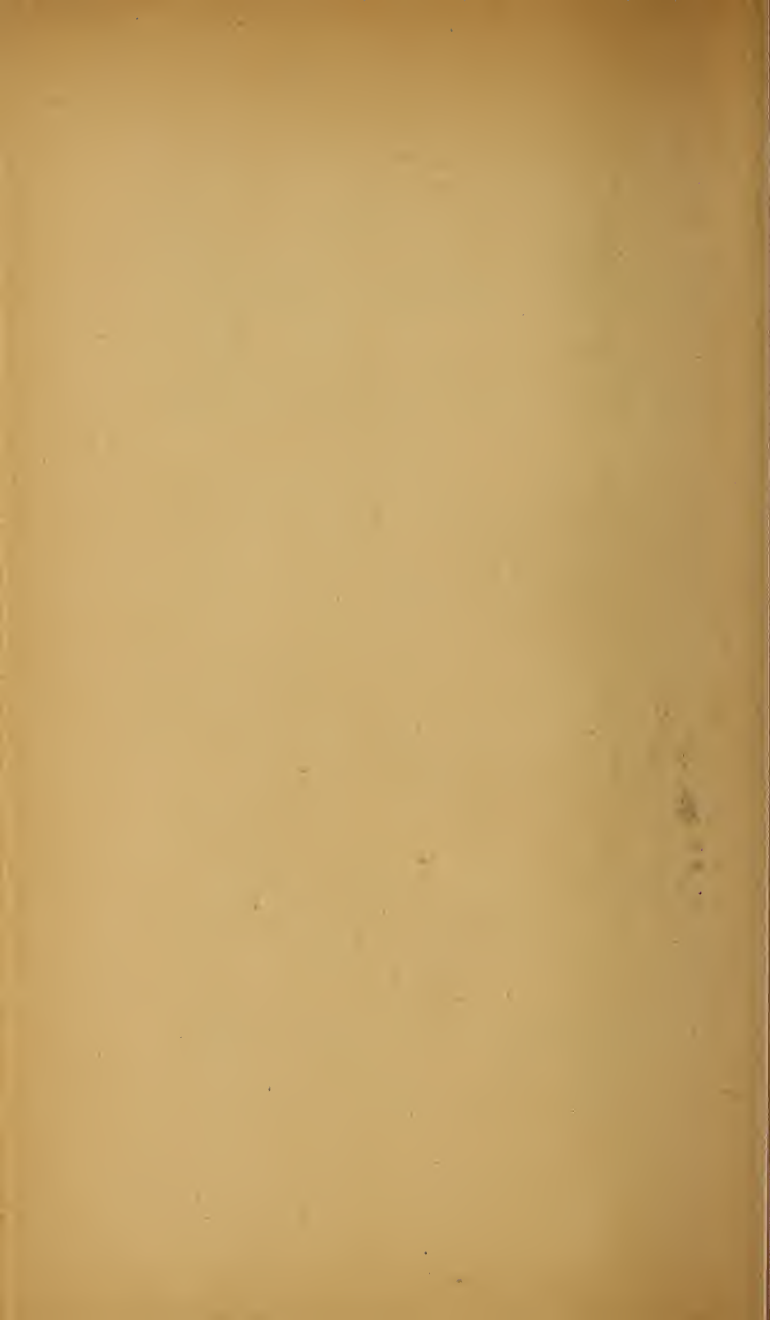
Por lo demás, procuraremos que las traducciones sean dignas del original, y que la presentación tipográfica que no deja de ayudar al mayor goce estético de esta clase de literatura, sea esmerada y correcta. Es más; de las obras de Ibsen hemos hecho un tiraje especial de cincuenta ejemplares numerados á fin de satisfacer á los aficionados, y de honrar la obra eterna del dramaturgo noruego.

LOS PEDIDOS Y ENCARGOS Á NOMBRE DE

ANTONIO PALAU

LIBRERO

BUENSUCESO, 13, — BARCELONA



TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección económica de las mejores obras dramáticas

A UNA PESETA EL TOMO

- I.—*Ibsen.*—HALVARD SOLNESS.
II.— » —HEDDA GABLER.
III.— » —LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD.
IV.— » —UN ENEMIGO DEL PUEBLO.
V.—*Strindberg.*—LA SEÑORITA JULIA.

De las obras de Ibsen se han hecho tirajes especiales sobre papel de hilo, que se venden á 3'50 pesetas ejemplar.

LOS PEDIDOS Y ENCARGOS Á NOMBRE DE

ANTONIO PALAU

Buenucesos, 13

Librería

